

OTRA ILUSTRACIÓN ES POSIBLE.

ONFRAY, Michel; *Los ultras de las Luces. Contrahistoria de la filosofía IV*. Anagrama, Barcelona, 2010. 340 pp.

Durante demasiado tiempo la filosofía se ha mostrado como un tipo de saber dominado por una aparente diversificación en sus temas de estudio. Esta diversificación se ha vuelto engañosa. Aún así, sobrevive. Lo que se presenta aquí es el intento de superar esta falsa idea de la filosofía como una única vía dualista, espiritualista, teológica y clerical. Este intento de devolver a la filosofía su tradición materialista, sensualista, hedonista y anticlerical es el proyecto llevado a cabo por Michel Onfray en su *Contrahistoria de la filosofía (Contre histoire de la philosophie)*. Este proyecto, compuesto de 6 volúmenes, ve ahora la publicación en castellano del cuarto libro de la investigación, titulado *Los ultras de la razón (Les ultras des Lumières)*.

Si todo el proyecto de Onfray es especialmente interesante para la recuperación de otra tradición filosófica, este volumen es especialmente revelador porque trata del período en el que se forjan las ideas rectoras de la Modernidad, esto es, el período ilustrado. Lejos de concebir esta época desde el punto de vista del nacimiento de nuestra civilización, lo que ve Onfray es el nacimiento de un período oscuro, una época cínica, hipócrita que, pretendiendo superar las oscuridades de la época barroca, intenta introducir esas mismas ideas oscuras bajo una superficie y un envoltorio de progreso. No es de extrañar que esta visión nos resulte extraña por cuanto el canon filosófico ha venido a determinar que dicha época, el siglo XVIII, ha sido el siglo del alumbramiento de la razón, el siglo del progreso.

Frente a esta corriente demasiado poco contrastada Onfray revela, por un lado, la verdadera cara reaccionaria de muchos de estos «héroes de la razón», a la vez que demuestra que *otra ilustración fue posible*. Al recuperar los escritos de autores olvidados por la tradición, Onfray demuestra que hubo toda una corriente de pensamiento totalmente diferente al que hemos creído por hegemónico que, desde el comienzo del

pensar, ha alimentado todo un modo de reflexión que, en gran parte, ha sido silenciado por un canon filosófico impuesto desde el idealismo.

Al recuperar el pensamiento de autores como Jean Meslier, La Mettrie, Maupertuis, Helvetius, D'Holbach o Sade, Onfray está siguiendo la estela del pensamiento materialista y hedonista que ya había recorrido en los volúmenes anteriores de *Contrahistoria de la filosofía*. De este modo, la Ilustración se nos aparece con una nueva luz, la que ve en la Ilustración del pensamiento de Voltaire o Rousseau a los continuadores de la misma tradición dualista y teologizante que había venido, y que lo sigue haciendo hasta hoy, negando el pensamiento materialista y hedonista. No por casualidad es frente al pensamiento de estos autores que Onfray reivindica cómo los autores de la Ilustración han revelado su verdadera cara, mostrando así al enemigo acérrimo del materialismo, del hedonismo o del ateísmo. Estos pensadores, todos en una misma estela ideológica, son los precursores de muchas ideas contemporáneas que, falsamente, hemos atribuido al pensamiento ilustrado hegemónico. Sin embargo, como demuestra Onfray, pertenecen a esa verdadera Ilustración, a esos ultras de las luces que, en su intento de superar definitivamente el dualismo, la teología y la concepción de la carne como pecado supieron abrir toda una nueva forma de pensar que ha llegado y nos ha influido hasta hoy.

Esta historia de una tradición filosófica diferente a la hegemónica tiene en común cuatro aspectos esenciales: el ateísmo como rechazo a cualquier substancia divina que tuviera algún tipo de poder sobrenatural con respecto al mundo de la inmanencia (un ejemplo de ello es que en las obras de Jean Meslier podemos encontrar las primeras formulaciones del ateísmo que en el siglo XIX se desarrollará de manera más general: p. 59; el materialismo como perspectiva filosófica básica, y que se relaciona con la anterior; el hedonismo como una suerte de «filosofía vital» en la que se rechaza el carácter ascético general de toda la filosofía entendida como «metafísica»; y la necesidad permanente de la revolución social como mediación humana de resolver los conflictos conceptualizados (p. 37).



No sólo es valiosa esta contrahistoria de la filosofía. Demuestra, además, cómo algunos de estos autores son los verdaderos impulsores de reflexiones filosóficas verdaderamente revolucionarias que hoy todavía atribuimos falsamente a la Ilustración hegemónica. Uno de estos aspectos es la relación ética con los animales, reflexión que fue comenzada en los términos que actualmente conocemos por el libro clásico de Peter Singer *Animal Liberation* en los años 60 del siglo pasado. Ya algunos de estos autores reflexionaron y tuvieron una postura práctica diferente en cuanto a un trato más ético de los animales: desde la postura sensible al sacrificio de los animales de Meslier (p. 74) al antispecismo de La Mettrie (p. 121).

De todos los autores de los que trata esta contrahistoria de la filosofía ilustrada cabe destacar especialmente la lectura *fascista* del Marqués de Sade. Bajo el lema «Haced a los demás lo que no quisiérais que os hicieran a vosotros» (p. 268) se revela un tipo de conciencia de la época que dista mucho de las construcciones ideales que nos ha legado la historiografía ilustrada clásica. Observando los acontecimientos históricos que sucedieron inmediatamente a la Revolución Francesa, no nos puede extrañar que surgiera una filosofía burguesa, ilustrada, que buscara llevar el materialismo, la necesidad revolucionaria, el hedonismo y el ateísmo hasta sus límites más grotescos, concibiendo un mundo que, en algunos aspectos, precedía conceptual y prácticamente a la crueldad ejercida durante el siglo XX como una especie de «estilo de la época» (campos de concentración, guerras fratricidas, bombas atómicas, etc.). No es de extrañar que Sade sea la figura con la que Onfray cierra este volumen puesto que es la conciencia «sádica» la que pareció abrir la conciencia trágica de la Ilustración como período en el que ciertos ideales habían sido usados de forma bastarda¹.

¹ Este análisis del Marqués de Sade en clave fascista es el mismo que Adorno y Horkheimer desarrollaron ya en la *Dialektik der Aufklärung*, viendo en él un aspecto de la conciencia burguesa que apunta más

Sin embargo, el pensamiento materialista y el entero proyecto filosófico que defiende aquí Onfray encuentra toda una serie de objeciones que en su texto no salen a relucir y que vuelven su investigación demasiado plana, demasiado poco problematizada. Pareciera como si el pensamiento materialista y hedonista, imbricado en ciertas concepciones revolucionarias que cristalizarán en el siglo XIX y en una recuperación del cuerpo como lugar desde el que pensar, no tuviera fisuras y hubiera sido condenado a la impopularidad por algún tipo de conspiración internacional dualista. Lo que no ve Onfray es que el pensamiento materialista, aun cuando es mucho más deseable que el pensamiento dualista, produce una serie de problemas que son acuciantes para la entera historia de la filosofía.

Uno de esos problemas, tal vez el más importante de todos, es el *problema de la libertad*. Ciertamente, si se opta por una postura materialista que entronca con un cierto mecanicismo que va más allá de las concepciones de Spinoza, ya criticadas en su época por Leibniz y posteriormente por Kant, debemos afrontar una de estas dos alternativas: o negamos absolutamente el «libre albedrío» y concebimos al individuo como un ente mecánico igual que otros entes de la naturaleza; o concebimos que el individuo es un ente material pero regido por reglas que le hacen diferente del resto de seres materiales (p. 123)². Si se opta por concebir al ser humano como un ente material igual que el resto, postura que es la que parece defender Onfray aquí, se deja abierta la pregunta por la causación: ¿qué influye en el individuo para que haga en todo momento lo que hace y no algo diferente? De este modo, queda todavía una pregunta más

a la tendencia a la dominación que a la emancipación del sujeto. V. ADORNO, Theodor; HORKHEIMER, Max; *Dialektik der Aufklärung*. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 2004, pp. 88-127.

² Esta sería la idea básica del «monismo anómalo» de Donald Davidson. V. DAVIDSON, Donald; *Essays on Actions and Events*. Oxford University Press, Oxford, 1980.

importante, una pregunta que, a día de hoy, no parece poder responderse y que es la pregunta sobre los estados mentales, es decir, la pregunta por el contenido objetivo de la conciencia, aquello que ocurre cuando el sujeto hace algo o deja de hacer algo.

Como se ve, el proyecto fundamental de Onfray que anima esta obra no es más que el problema que anima a gran parte de la filosofía analítica actual pero radicalizado hasta el punto de dejar inservibles los avances teóricos sobre el materialismo del individuo humano, sobre todo aquellos que, concibiéndolo en su materialidad, no pueden más que introducir el dualismo por la puerta de atrás. Si el individuo es realmente un animal material se ha de dejar de influenciar por todo tipo de causas externas que lo determinan y ante las cuales él, como ser pasivo, afectado por causas que no surgen de sí, tiene que plegarse. Aquí entra el *problema fundamentalmente político de la libertad*, que es el problema subsiguiente del materialismo: si el individuo no es libre, ¿cómo criticar regímenes políticos por su falta de libertad?, ¿cómo convertir la libertad en una cuestión política y no meramente *técnica*? Habríamos de cambiar nuestros juicios contra los sistemas totalitarios o contra toda situación en la que una autoridad se nos presente como ilegítima. Si es capaz de hacer que un individuo o un conjunto de individuos obedezca una serie

de leyes y ordenaciones sociales determinadas, aquellas que en cada momento se tengan por las mejores y más deseables, en ese caso sólo podemos hacer constatar que dicha organización social es efectiva en cuanto hace cumplir las leyes sociales a sus miembros.

Por ello, cuando Onfray relaciona directamente, y de manera demasiado plana, el pensamiento materialista con el pensamiento revolucionario, entendiéndolo por ello el pensamiento del siglo XIX, lo que hace es suponer que del materialismo se ha de seguir un tipo de acción social que, necesariamente, ha de liberar al individuo de sus cadenas. Sin embargo, la idea de una revolución que es capaz de transgredir las condiciones sociales de una época no está directamente relacionada con la asunción de un pensamiento materialista estricto como el que propone Onfray. De hecho, las revoluciones que tuvieron su base teórica en una forma de materialismo, el materialismo histórico de Marx y Engels, triunfaron aun cuando su formulación no era estrictamente materialista, puesto que el marxismo no deja de conservar muchos elementos de la dialéctica idealista de Hegel tamizados por una cierta filosofía materialista que, en general, no es el materialismo mecanicista que Onfray parece defender en esta obra.

Cristopher MORALES BONILLA

